

PQ6389
. A2
1861
V. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.º—4864.

LA ARAUCANA.

(Continuacion de la segunda parte.)

CANTO XXIV.

Dáse noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochalf.

La sazón, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destroz y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir extensa y claramente
Deste naval conflicto y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ia

003113

¿ Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos ?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Genizaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, behelerbeyes y bajanes.

Vi allí tambien de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemania
Una audaz y bizarra compañía :
Todos ornados de riqueza extraña,
Con animosa muestra y lozanía,
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venian
En tal manera y órden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando :
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde léjos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurría,
Donde venía un mancebo levantado
De gallarda presencia y bizarria :
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quién era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,

El aire, el ademan y compostura ;
En la fuerte celada, en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto :
Don Juan, hijo del César Carlos Quinto.

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto ;
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y experiencia,
De mucha expedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazón los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso ;
Y su gran corazón facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente ;

Diciendo : « Oh valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inexpugnable :
Llegada es la ocasión, este es el día
Que dejais vuestro nombre memorable :
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

« Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida :
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino en trayendo al enemigo á muerte.

« Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende :
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende ;

Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar que en medio veo.

«Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoro estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

«Mirad por ese mar alegremente
Cuánta gloria os está ya aparejada:
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el Oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes principes y reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

«Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano:
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano.

¿Qué peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y ¿quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

«Solo os ruego que en Cristo confiando,
Que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando
Que llamarse su milite merece;
Con propósito firme protestando
De vencer ó morir: que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

«Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Así que ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»
Súbito allí los pechos mas helados

De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso jóven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando:
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
En órden las galeras y la gente,
A la suya Real se acostó presto
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artillería, y alistada
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterraneo
Hará perpetua y célebre memoria;
Y Agustin Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con órden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
La del Papa y Venecia á los costados
Así continuaban su camino:
Cargando con igual compás y extremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas;

Seguian luego detrás treinta galeras
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba:
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y excelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro,
Va Siroco, virey de Alejandria
Con Memet bey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazón regia;
Ochali renegado iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Allí, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdición la hora postrera,
Como prudente capitán y osado
De la alta popa en la real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

«Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta;
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado,

Que de vuestro valor siempre habeis dado.

«No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada:
Que sabed que ese ejército movido
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un día
Del mundo al Gran Señor la monarquía.

«Que esas gentes sin orden que allí vienen,
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos poseedores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

«Que ese su capitán envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, disciplina ni experiencia;
Y así presuntuoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

«No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste día:
Que lo mas desá armada temerosa
Es de la veneciana señoría:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulcía,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

«Y esotra turba multa congregada
Es pueblo suez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso són de artillería,
La romperá su misma vocería.

«Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,

Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?
«Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente;
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario.

Y mas cuando un genizaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Despues de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba;
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun órden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento

Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonia.

No la ciudad de Priamo solada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del Papa y veneciano.

Do con segunda autoridad venia
Por general del Sumo Quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio:
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso ,
 Que iba en la capitana ginovesa ,
 Hendiendo el mar revuelto y espumoso
 Se arroja en medio de la escuadra apriesa :
 La confusion y revolver furioso
 Y del humo la negra nube espesa
 La codiciosa vista me impedía ,
 Y así á muchos allí desconocía.

Mons de Leñi con su galera presto
 Por su parte embistió y cerró el camino ,
 Donde llegó de los primeros puesto
 El valeroso príncipe de Urbino ,
 Que á la bárbara furia contrapuesto
 Con ánimo y esfuerzo peregrino
 Gallarda y singular prueba hacía
 De su valor , virtud y valentía.

Luego con igual impetu y denuedo
 Llegan unas con otras á abordarse ,
 Cerrándose tan juntas , que á pié quedo
 Pueden con las espadas golpearse :
 No bastaba la muerte á poner miedo ,
 Ni allí se vió peligro rehusarse ,
 Aunque al arremeter viesen derechos
 Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente , deseosa
 De ejecutar sus golpes se juntaban ,
 Y cual violenta tempestad furiosa
 Los tiros y altos brazos descargaban :
 Era de ver la priesa hervorosa
 Con qué las fieras armas meneaban ;
 La mar de sangre súbito cubierta
 Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas , por popas y costados
 Se acometen y ofenden sin sosiego ,
 Unos cayendo mueren ahogados ,
 Otros á puro hierro , otros á fuego :
 No faltando en los puestos desdichados
 Quien á los muertos sucediese luego ,
 Que muerte ni rigor de artillería
 Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
 Era en medio del salto atravesado ;
 Quién por herir sin tiempo al adversario

Caía en el mar de su furor llevado ;
 Quién con bestial desinio temerario
 En su nadar y fuerzas confiado ,
 Al odioso enemigo se abrazaba ,
 Y en las revueltas olas se arrojaba.
 ¿Cuál será aquel que no temblase , viendo
 El fin del mundo y la total ruina ,
 Tantas gentes á un tiempo pereciendo ,
 Tanto cañon , bombardas y culebrina ?
 El sol los claros rayos recogiendo
 Con faz turbada , de color sanguina ,
 Entre las negras nubes se escondía ,
 Por no ver el destrozo de aquel día.

Acá y allá con pecho y rostro airado
 Sobre el rodante carro presuroso
 De Tesifon y Aleto acompañado
 Discurre el fiero Marte sanguinoso :
 Ora sacude el fuerte brazo armado ,
 Ora bate el escudo fulminoso ,
 Infundiendo en la fiera y brava gente
 Ira , saña , furor y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego afierra
 Del pedazo del remo ó de la entena ;
 Quién trabuca al forzado y lo deshierra
 Arrebatando el grillo ó la cadena :
 No hay cosa de metal , de leño y tierra ,
 Que allí para tirar no fuese buena ,
 Rotos bancos , postizas , batallolas ,
 Barriles , escotillas , portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban ,
 Aunque del duro acero resurtiesen ,
 En las sangrientas olas ya hallaban
 Enemigos que en sí los recibiesen ;
 Y ardiendo en la agua fria peleaban
 Sin que al adverso hado se rindiesen ,
 Hasta el forzoso y postrimero punto
 Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propia sangre resolviendo
 Andan agonizando sobreaguados ;
 Cuáles tablas y gúmenas asiendo
 Quedan rindiendo el alma enclavijados ;
 Cuáles hacer mas daño no pudiendo ,
 A los menos heridos abrazados ,

Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y són horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran y resina y pez ardiendo;
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian;
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del continuo batir apresurado;
El mar de todas partes rebatido
Hierva y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado y removido
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El inclito don Juan resplandecía,
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda

Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita;
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa,
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Priego don Fernando
Diligente, solícito y cuidadoso
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues del cristiano y turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y día postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercebido,
Visto el trabado juego cuál andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba
En medio de la priesa y gran ruido,
Embistiendo con impetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con impetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar corriendo
Por la áspera batalla discurría;
Entra, sale y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistía.

¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este día
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron ?

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propia andaba.
Ali Bajá no menos diligente

Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles con tino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia extraña,
Gritando: « ¡Cierra, cierra, España, España! »

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí, de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos ;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza :
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatigales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recudian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian ;
Pero de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo,

Que iban al parecer convaleciendo.
En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Mas que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demás de la pesada y gran caída,
Que resistir no pudo el peto fuerte,
Ni la rodela á prueba guarnecida :
Al fin el jóven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana ;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Argel, cosario experto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel impetu y motivo ;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número excesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,

Los fieros enemigos despreciaron
 Con quien tenían batalla comenzada ;
 Y batiendo los remos se lanzaron
 Con nueva rabia y priesa acelerada
 Sobre la multitud de los paganos ,
 Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados ,
 Y la sed de venganza de manera ,
 Que embistiendo á los turcos por los lados
 Entran haciendo riza carnicera ;
 Así que victoriosos y vengados
 Recobraron su honor y la galera ,
 Hallando solos vivos los primeros
 Al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
 El impetu enemigo y la braveza ,
 Combate animosísimo , igualando
 Con la honrosa ambicion la fortaleza.
 Pues Sebastian Veniero contrastando
 La turca fuerza y bárbara fiereza ,
 Vengaba allí con ira y rabia justa
 La injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
 También Portau Bajá la combatía ,
 La cual ya por el uno y otro canto
 Cercada de galeras la tenía :
 Era el valor de los cristianos tanto
 Que la ventaja desigual suplía ,
 No solo sustentando igual la guerra ,
 Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan , de la sangre de Cardona ,
 Ejercitando allí su viejo oficio ,
 Ofrece á los peligros la persona
 Dando de su valor notable indicio ;
 Y la fiera nacion de Barcelona
 Hace en los enemigos sacrificio ,
 Trayendo hasta los puños las espadas
 Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
 El sábio Barbarigo combatía ,
 Igualando el valor á la esperanza
 Que de su claro esfuerzo se tenía :
 Ora oprime la turca confianza ,

Ora á la misma muerte rebatía ,
 Haciendo suspender la flecha airada
 Que ya derecho en él tenía asendada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
 Contrastaba la furia sarracina ,
 No pudo contrastar el duro hado ,
 Ó por mejor decir , órden divina :
 Que ya el último término llegado ,
 De una furiosa flecha repentina
 Fué herido en el ojo en descubierto ,
 Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
 De ver tal capitán así caído ,
 No por eso turbó el osado intento
 Del veneciano pueblo embravecido :
 Antes con más furor y encendimiento,
 A la venganza licita movido ,
 Hierde en los matadores de tal suerte
 Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
 Bien reñida del lado y cuerno diestro ,
 Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
 Se mostraba muy plático maestro.
 También Héctor Espinola pelea
 Con uno y otro á diestro y á siniestro ,
 Señalándose en medio de la furia
 La experta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y más había
 Que duraba el combate porfiado ,
 Sin conocer en parte mejoría ,
 Ni haberse la victoria declarado :
 Cuando el bravo don Juan , que en saña ardía
 Casi quejoso del suspenso hado ,
 Comenzó á mejorar sin duda alguna
 Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran impetu y ruido
 Por el valor de la cristiana espada
 El furor mahomético oprimido ,
 Y la turca real del todo entrada :
 Dó el estandarte bárbaro abatido
 La cruz del Redentor fué enarbolada
 Con un triunfo solene y grande gloria ,
 Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
 Por los miseros turcos ya turbados
 Les fué los brazos luego entorpeciendo,
 Dejándolos sin fuerzas desmayados;
 Y las espadas y ánimos rindiendo
 A su fortuna misera entregados,
 Dieron la entrada franca, como cuento,
 Al impetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
 De la victoria sanguinosa usando,
 Con furia inexorable todo á hecho
 Los van por todas partes degollando:
 Quién al agua se arroja abierto el pecho,
 Quién se entrega á las llamas, rehusando
 El agudo cuchillo riguroso,
 Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochali, viendo su gente
 Por la cristiana fuerza destruida,
 Y la deshecha armada totalmente
 Al hierro, fuego y agua ya rendida,
 La derrota tomó por el Poniente
 Siguiéndole con misera huida
 Las bárbaras reliquias destrozadas,
 Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Cárlos, conociendo
 Del traidor renegado el bajo intento,
 Con gran furia el movido mar rompiendo
 Carga dándole caza en seguimiento.
 Iban tras ellos al través saliendo
 El de Bazan y el de Oria á sotavento
 Con una escuadra de galeras junta,
 Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
 La senda y ancho mar segun temia,
 Vuelta la proa á la vecina costa
 En tierra con gran impetu embestia:
 Y cual se ve tal vez saltar langosta
 En multitud confusa, así á porfia
 Salta la gente al mar embravecido
 Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
 El gran reflujo de las olas hiende;
 Cuál sin mirar al fondo y largo trecho,

No sabiendo nadar, allí lo aprende;
 No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
 Ni el mismo padre al caro hijo atiende:
 Que el miedo, de respetos enemigo,
 Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo forzados
 En la arenosa playa pié tomaron,
 Y por las peñas y árboles cerrados
 A mas correr huyendo se escaparon.
 Deshechos pues del todo y destrozados
 Los miserables bárbaros quedaron,
 Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
 Rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
 El próspero suceso prometido,
 Cuando en el globo el mágico hiriendo
 Con el potente junco retorcido,
 Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
 Y cesó de repente el gran ruido,
 Quedando en gran quietud la mar segura
 Cubierta de una niebla y sombra oscura.

Luego Fiton con plática sabrosa
 Me llevó por la sala paseando,
 Y sin dejar figura cada cosa
 Me fué parte por parte declarando.
 Mas teniendo temor que os sea enojosa
 La relacion prolija, iré dejando
 Todo aquello aunque digno de memoria,
 Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
 Del mago y Guaticolo despedido,
 Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
 Donde ya me juzgaban por perdido.
 Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
 Que en larga digresion me he divertido,
 Digo que allí estuvimos dos semanas
 Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
 De nuestros enemigos cautelosos,
 Ni su designio y ánimo entendimos,
 Que nos tuvo suspensos y dudosos:
 Lo cual considerado nos partimos
 Desmintiendo los pasos peligrosos,

En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado,
Y en la mas llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir; pero entretanto
Será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolican; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavagables golfos rodeada,
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
Á los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron:
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos doctrina.
¿Quién les mostró á formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor de esta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado